

CAPÍTULO XXI. *De las jornadas y misiones que a los principios se hicieron para descubrir nuevas tierras y gentes; y cómo el Señor no permitió que alguno de los doce se emplease en otra parte*



DESPUÉS QUE EL SIERVO DE DIOS FRAY Martín de Valencia hubo predicado y enseñado, juntamente con sus compañeros, la palabra de Dios en Mexico, y en las provincias sus comarcanas, por espacio de ocho años, quiso, a ejemplo de Cristo nuestro redemptor, ir a otras ciudades y tierras a predicar y enseñar su santo evangelio. Porque los que traen fervor de el espíritu de Dios no descansan con el descanso corporal, dando alguna manera de ocio al cuerpo, conservándolo en las cosas ordinarias de los ejercicios espirituales, sino que lo sacan de los términos comunes para más aprovechar al prójimo en las cosas que son de caridad, en especial si depende de su cuidado la distribución y concierto de estas cosas. Y como estaban las de esta nueva planta, en lo que tocaba a la familia franciscana, al gobierno y cuidado de este varón apostólico, no descansaba con lo hecho hasta este tiempo, sino que deseando ensanchar los límites cristianos en esta nueva iglesia, en especial que por revelación divina sabía que había otras gentes que habían de ser traídas a esta misma fe y doctrina, vivía desasosegado hasta saber cuáles fuesen, y por esto no sólo enviaba sus frailes por este nuevo mundo, pero él en persona quería andarlo para que cuando pareciese en el tribunal de Dios, a dar cuenta de su oficio, pudiese descargarse con haber hecho el deber y no haber faltado en nada.

Con estas ansias y ánimo de verdadero apóstol determinó de ir a buscar otras provincias (como digo) donde Dios y su nombre, como en otro tiempo lo fue conocido en Judea, fuese conocido. Era prelado, a la sazón, este bendito padre; pero nombró un comisario y dejólo en su lugar, cumpliendo en esto con su oficio. Y de sus compañeros, y de otros que después habían venido de España en su busca, nombró otros ocho, y con ellos se fue a Tehuantepec, puerto en el Mar de el Sur, que dista de Mexico ciento y cincuenta leguas, para embarcarse allí y ir adelante con la cruz de el Señor que siempre traía sobre sus hombros; porque siempre tuvo, como cosa cierta, el varón santo que había otras muchas gentes por descubrir por aquellas partes de el Mar del Sur.

Para este viaje, que tanto deseaba, le había prometido el marqués del Valle navíos para ir, y que le pusiesen a él y a sus compañeros en la derrota que su espíritu le dictaba, adonde Dios le guiase, y allí libremente predicase el evangelio de Jesucristo, sin preceder conquista por armas. Estuvo en Tehuantepec esperando los navíos siete meses, que para aquel tiempo habían quedado los oficiales y maestros de darlos acabados. Y para cumplir mejor su palabra el marqués de el Valle, desde su villa de Quauhnhuac (que es donde de ordinario residía, que está once leguas de esta ciudad),

fue en persona a Tehuantepec al despacho de los navíos. Mas con toda la diligencia que él pudo tener no se acabaron en aquel tiempo, porque en esta tierra con mucha dificultad y costa, y muy a la larga, se echan los navíos a la mar; parece que aún no era llegado el tiempo que aquellas gentes se descubriesen, ni tampoco quiso Dios que faltase la presencia de tal padre a estas plantas tan tiernas en la fe; ni quiso (como luego diremos) que de los doce que él había escogido, para principio y fundamento de esta nueva conversión, alguno de ellos se ocupase en otra ninguna empresa.

Pues viendo el siervo de Dios fray Martín que los navíos le faltaban y que el capítulo de la custodia se acercaba (para el cual tiempo tuvo entendido que estaría de vuelta, dejadas ya descubiertas y conocidas otras gentes) volvióse a Mexico dejando en el puerto tres de sus compañeros, para que acabados los navíos fuesen a descubrir las tierras que deseaba.

En el tiempo que el bendito padre se detuvo en Tehuantepec no estuvo ocioso él ni sus compañeros, sino que demás de su acostumbrado ejercicio de la oración, en que entonces más que nunca se ocupaban, aparejando sus ánimas al Señor, pidiendo le cumpliese en ellos su divino beneplácito, también ayudaron a los naturales de aquella comarca, predicándoles por toda ella y volviéndoles en su propia lengua (que llaman tzapoteca) la doctrina que les enseñaban. Y lo mismo hicieron a la ida por donde pasaban.

Cosa era maravillosa lo que el santo fray Martín de Valencia anhelaba, y deseaba el descubrimiento de la China, aunque entonces aún no había noticia de ella sino que en espíritu (como hemos dicho y veremos en otro lugar más largamente) le estaba revelada; y, derramando muchas lágrimas, encomendaba continuamente a nuestro Señor este negocio, suplicándole tuviese por bien descubrir aquellos gentiles y traerlos al conocimiento de su santo nombre, incorporándolos en el gremio de su Iglesia. Decía, tratando el caso espiritualmente, que aquellas gentes que estaban por descubrir serían más hermosas y de más habilidad que estas de la Nueva España. Y a éstos descubiertos en estas Indias comparaba a Lía, la legañosa, y a los otros a Rachel. Decía más, que si Dios le diese vida estaba aparejado en su vejez, para emplear otros diez años con aquellas gentes como había hecho con éstas. Y este su ferviente deseo no perdió su mérito ante el acatamiento divino. Pero el Señor, que sabe todas las cosas y el tiempo de su mejor cumplimiento, no quiso que en el de este su siervo se descubriesen y fue servido de descubrirlas en el nuestro, para los que él tenía dispuestos y escogidos en ministros de aquella nueva conversión.

Considerando muy bien esto un muy íntimo familiar de el santo fray Martín, después de su muerte decía: que cuando es la voluntad de Dios que una gente infiel, capaz de recibir la fe católica, se descubra, para que esto venga a noticia de los fieles cristianos, lo quiere revelar a algunos siervos suyos que lo encomienden mucho al Espíritu Santo, y de ellos venga también a noticia de personas hábiles y tales cuales convienen para el tal descubrimiento; y así, con las oraciones de aquellos sus siervos, por una parte, y con la industria de los otros por otra, se merezca descubrir la tal gente y tierra. Y que de esta manera (por ventura) quiso Dios revelar a

su siervo fray Martín de Valencia las gentes que buscaba y deseaba ver, no para que él las viese sino para que con sus ruegos y de otros sus siervos las mereciesen descubrir y ver aquellos que ese mismo Dios tiene escogidos para ello y determinado que las descubran y conviertan.

Esto parece claro y manifiesto ser así, porque cuando Moysén sacó a los hijos de Israel de Egipto, no fue acaso incierto y dudoso, y a tierras de que no tuviesen noticia de ellas; porque para que se animasen a cumplir la voluntad de Dios, mucho antes lo tenía prometido a su siervo Abraham, cuando en el *Génesis*,¹ le declaró cómo los que habían de proceder de sus hijos habían de estar cautivos y peregrinos en tierra ajena; pero que de allí los sacaría y llevaría a aquella que a él y a los suyos les había dado, que era de los cananeos, &c. Y así cuando, mandó Dios a Moysén que los sacase de Egipto, le dice:² Junta los viejos y sabios de ese pueblo hebreo, y díles: El Dios y señor de vuestros padres me apareció, que es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, y me dijo que os dijese que viendo vuestra mucha aflicción determinaba de sacaros de Egipto y llevaros a la tierra de los cananeos, hetheos, amorreos y fereceos, hebeos y jebuseos, que son las mismas gentes y naciones que antes había dicho a Abraham. Y esto para que conociesen y se acordasen que aquella promesa no era nueva sino antigua y hecha ya a sus padres pasados, y fiados de su antigüedad fuesen con confianza de recibir aquella merced tan alta y soberana que se les hacía, en tiempo que menos la aguardaban. Pues este prometimiento y relación no fue para que Abraham lo gozase, sino para que sabiendo aquello que estaba por venir y había de tener su cierto cumplimiento, por ser infalible la palabra de Dios, le pidiese favor y fuerzas para tolerar los males que aquellos sus descendientes habían de sufrir, y para que cuando llegase el tiempo no hubiese duda de su cumplimiento, incitando a las gentes a que en esto se dejasen a la disposición divina. Y aunque muchos profetas vieron con ojos proféticos los misterios de la encarnación de el hijo de Dios y unos lloraban por su cumplimiento y otros daban voces por su venida, no la merecieron, como en cierta ocasión dijo Cristo en su evangelio. Pero fueron todas estas revelaciones y promesas de el bendito advenimiento de Cristo, para que aquellos padres antiguos diesen priesa a Dios con oraciones y rogativas, para que nos hiciese este alto y soberano beneficio, y para disponer nuestros corazones en su venida, para que mejor le recibiésemos; pues no era cosa nueva saber que había de venir, habiéndose dicho y deseado tantos tiempos. Y por esto digo (en confirmación de las palabras de este devoto padre) que aunque Dios reveló al santo fray Martín el descubrimiento de la China, no fue para cometérselo a él, sino para que como siervo suyo le rogase y suplicase con oración continua, con disciplinas y ayunos, fuese servido de darles luz y claridad para conocer su error y ceguera, y que conocida, se convirtiesen a él, que es luz por esencia que alumbrá todos los hombres que vienen en este mundo como dice San Juan;³

¹ Genes. 15.

² Exod. 3.

³ Cap. 3. et 8.

y para que sabido de los cristianos que militan debajo de el estandarte de su ley, se muevan a buscar aquellas gentes descarriadas y ajenas de su evangelio y doctrina, para enseñarlas en ella y hacerlas dignas de sus divinos prometimientos.

Los tres religiosos que el santo prelado dejó en Tehuantepec, para que aguardasen los navíos y en ellos fuesen a descubrir tierras, tampoco quiso el Señor que saliesen con su intención, puesto que era santa y buena y sería por ventura, aplicándolo a nuestro propósito, porque el uno de los tres era de los doce primeros, es a saber, fray Martín de la Coruña, a quien se había encomendado el apostolado de Mechoacan. Porque, según parece, sabiendo que su capitán y caudillo, fray Martín de Valencia, se iba a embarcar en busca de otras nuevas gentes, con el mismo espíritu dejó la de Mechoacan en manos de sus compañeros y vino a Mexico, donde le acompañó y anduvo esta jornada con el dicho padre, aunque en ella, ni en otra que después intentó, no tuvo el beneplácito de Dios, antes le resistió y puso estorbos para que dejase los nuevos designios y volviese a su primer llamamiento, como al fin hubo de volver y acabar la vida en Mechoacan.

Embarcáronse, pues, entonces él y los otros en Tehuantepec, cuando estuvieron acabados los navíos; y al cabo de algunos días que navegaron, como iban a tiempo y no sabían la derrota que habían de llevar, cansáronse los marineros y también ellos mismos, y así los hubieron de echar en tierra en la costa de esta Nueva España. No escarmentó de ésta, este espiritual varón fray Martín de la Coruña, con el fervor de su buen espíritu, sino que quiso probar segunda vez lo que Dios ordenaba de él, y metióse en otros navíos que iban también en busca de tierras nuevas y fueron a parar a una isla donde no hallaron qué comer y padecieron mucha hambre, tanto que de ella murieron muchos españoles e indios que llevaban consigo. De suerte que compelidos de el gran trabajo y necesidad hubieron de volverse a esta tierra.

Otro de los doce, movido de celo de la religión, quiso ir con otros compañeros a la Isla Española, y llegados al puerto, donde se habían de embarcar ordenó Dios un estorbo con que no pudo cumplir su viaje y se volvió. El primer provincial que se eligió, después que de custodia se hizo provincia esta de el Santo Evangelio, llamado fray García de Cisneros, uno de los doce, estaba determinado de pasar en España, pareciéndole que la obediencia de el sumo pontífice le obligaba a ir al santo Concilio Tridentino, que entonces se comenzaba, por ser prelado principal en esta nueva iglesia; y estándose aparejando para este viaje fue el Señor servido de atajarlo llevándolo a su gloria.

Fray Luis de Fuensalida, otro de los doce, después de haber sido acá custodio y sabido la lengua de los indios mejor que ninguno de sus compañeros se volvió a España, con cierto achaque que tomó para irse; mas su intento no fue sino de pasar en África a predicar a los moros y recibir martirio por amor de Jesucristo, como lo procuró en llegando allá, y tuvo licencia para ello, sino que después se la hizo revocar fray Pedro de Alcántara. Y teniéndole echado el ojo para provincial de su provincia de

San Gabriel, acordó de volver a esta Nueva España con deseo de enterrarse con sus compañeros. Mas esto no le concedió nuestro Señor (por ventura en pago y castigo de haber dejado su primera vocación, puesto que lo que él buscaba parecía de más perfección), porque murió en el camino, en la isla de San Germán, adonde quedó enterrado viniendo de vuelta para esta Nueva España.

CAPÍTULO XXII. *En que se prosigue la materia de las misiones y jornadas que hicieron algunos de los doce primeros religiosos de San Francisco*



ENTRE LOS PRELADOS DE ESTA PROVINCIA, el que más cuidado tuvo de enviar ministros, que predicasen el Santo Evangelio por este nuevo mundo fue fray Antonio de Ciudad Rodrigo, que siendo provincial envió frailes por muchas y diversas partes a predicarlo y enseñarlo. En el año de 1537, recién electo en provincial, envió cinco frailes por la costa de el Mar de el Norte, que fueron predicando y enseñando la ley de Dios en las provincias de Huatzaqualco, Tabasco y Xicalanco, hasta llegar a Chanponton (como arriba se dijo, tratando de la provincia de Yucatán), y en esta misión y predicación se detuvieron dos años. En el de 38 envió otros tres frailes en unos navíos de el marqués de el Valle, que fueron a descubrir por la Mar de el Sur y dieron en una tierra que, aunque al principio se sonó que era muy poblada y rica, como desean siempre los españoles que sea, después pareció ser pobre y no muy poblada; y a esta causa la dejaron, y se volvieron, y cuando se descubrió lo de Cíbola se supo cómo aquella tierra iba a confinar con la Florida; y a trechos poblada y fría como la de España.

En el mismo año de 38 envió otros dos frailes por tierra y por la misma costa de el Mar de el Sur, la vuelta hacia el norte por Xalisco y Nueva Galicia. Y yendo estos dos frailes en compañía de un capitán que iba también a descubrir nuevas tierras (aunque con diferentes fines) ya que pasaban la tierra que por aquella parte estaba descubierta, conocida y conquistada, hallaron dos caminos bien abiertos; y el capitán escogió y se fue por el de la mano derecha, que parecía ir a la tierra adentro, declinada al norte. El cual, a muy pocas jornadas, dio en tan ásperas sierras y peñas que no pudiendo ir adelante fue compelido a volver atrás. De los dos frailes el uno cayó enfermo y también se volvió; y el otro, con dos intérpretes que llevaban compañía, tomó el camino de la mano izquierda, que iba hacia la costa, hallándolo abierto y seguido, y a pocas jornadas dio en tierra poblada de gente pobre; la cual salió al fraile teniéndole por cosa celestial y llamándole mensajero del cielo; y así salían a él a tocarle y besarle el hábito, pensando que había caído del cielo.

Estas gentes acompañaban a este religioso de jornada en jornada, dos-